

Las memorias de Peter Cranich

6 de Julio,03. Retomo estas memorias tras un largo intervalo de compromisos que me han impedido escribir diariamente.

El país ha vuelto a su vida tranquila. El país pasa de política, y se dedica indolentemente a disfrutar del verano.

El ser humano se pregunta con frecuencia de donde viene, adonde va, y que hace aquí. Y tiene una respuesta estandar en las religiones oficiales.

Es este un país católico y democrático en lo más profundo de las mentes de sus pobladores. Católico quiere decir que fía en un Dios, de manera que cuando se le dice: "¡El medio ambiente está en peligro!", "¡El clima está cambiando!", el español se dice íntimamente: "Ya lo arreglará Dios". Es profundamente democrático en el sentido que no acepta que nadie sobresalga por encima de los demás, salvo un rey y su chambelán. Así desprecia el estudio y la investigación, porque ello supone que hay alguien que sabe más que otros. Es feliz hoy con millones de estudiantes que no aprenden casi nada: Ninguno aprende más que otro.

Estos dos conceptos profundos colorean toda la vida española. Y son indestructibles pues no están escritos en ninguna ley, en ninguna constitución, no existen pero permean y colorean todas nuestras acciones.

El ser humano español vive para morir e ir al cielo, y por tanto no importa gran cosa lo que haga en esta tierra, ni siquiera si peca, pues, ¿no perdonó Dios al Tenorio?

Si no importa lo que haga, hará lo menos posible, y sobre todo vivirá su vida al día, como un animal: Comer, copular, procrear, morir. No tiene que dejar nada aquí en la Tierra, no tiene que crear, construir nada duradero, nada bello, no tiene que hacer teorías ni inventar nada nuevo. "¡Qué inventen ellos!"

Se hace aquí aparente la tremenda importancia de los conceptos: El concepto de España, o más bien de Castilla en los siglos 16 y 17 permeaba toda la sociedad: Castilla existía para defender al mundo de los protestantes. Dios necesitaba ayuda y Castilla debía gastar la fortuna de América en las estúpidas guerras holandesas. Nadie se planteaba corregir ese concepto, aunque un ligero análisis indicaba e indica su estupidez: Si Dios necesitaba ayuda para eso, si no podía anular el protestantismo con un chasquido de dedos a lo Harry Potter, también necesitaba ayuda para llevar adelante la vida de cada español. Pero los españoles le ayudaban en Holanda, y se dejaban ir en España.

Parecería que aquello era en el barroco. Pero la idea renace con las guerras napoleónicas, durante el siglo XIX y asombrosamente durante el XXI. Hoy el español no ayuda mucho a Dios (porque éste no parece necesitar ayuda, aunque las donaciones suelen ser para obras pías, en vez de para laboratorios, salas de conciertos, o museos, como en EEUU) pero sus inversiones van hacia las casas, más que a cualquier otra cosa. El español es hoy feliz invirtiendo en edificios: Disfrutando de la vida que le han dado, sin preocuparse por invertir en ciencia y tecnología, que le aseguraría la vida futura.

La asociación Amigos de la Tierra tiene 100.000 socios en Gran Bretaña, 1000 en España. La actitud del español (y por tanto de sus gobernantes, sean estos más de derechas, como el PP, o algo menos, como el PSOE) es que del ambiente se ocupa Dios: Si Dios quiere que tengamos desiertos, o que se caliente el clima, ¡Bendito sea Dios!, a nosotros no nos interesa hacer nada.

Lo que vienen a ver los extranjeros como más típico de España son las procesiones de

Semana Santa, el Rocío y los toros. Los toros implican la mera lucha de unos animales contra otros: Es un espectáculo primitivo donde los haya.

Procesiones y Rocío son muestras de comportamiento comunal, como el rebaño que se mueve junto, y lo que les subyace es la petición a Dios (a través de la Virgen) de mercedes y ayudas individuales: La idea es obtener un don en vez de trabajar para conseguirlo. Evidentemente no se recibe nada, pero fracaso tras fracaso se insiste en el concepto, pues al estar éste profundamente imbricado en todo el esqueuma mental, no es posible eliminarlo.

Otro ejemplo del daño de los conceptos, este otro mucho más pedestre: El problema de las carreteras, el gigantesco dispendio en energía, y el dispendio en tiempo deviene de un concepto muy antiguo que subyace las escuelas de ingenieros de caminos, desde su fundación como escuelas militares en la revolución francesa. Es la idea del embudo en vez de la del abanico. Una vez los ingenieros decidan mirar la otra cara del cubo, enfrentarse a la realidad desde otro punto de vista, el problema del tráfico avanzaría hacia su solución. En el siglo XIX se trataba de llevar algunos bienes hacia las ciudades desde un campo inmenso: Las entradas a las ciudades eran embudos. Hoy las ciudades son tan grandes como los campos: Se precisa dividir las entradas, en vez de concentrarlas en pocos puntos. Pues bien: Esta solución no se considera. La M40 que rodea Madrid podía tener una salida cada medio kilómetro. Las tiene cada 5 kilómetros. Entradas a las M40 desde las radiales hay 8: una cada 5 kilómetros.

Bastaría con cambiar el concepto para resolver el problema.

Los partidos políticos, y los políticos en general. El concepto que priva hoy en España es el egipcio o el babilónico: La idea de un político es la de un sacerdote. Su misión no es conseguir nada, no es realizar, no es hacer. El concepto de un político es el de intercesor ante las instancias superiores. Un político no tiene interés en crear, en hacer, en resolver problemas. ¿Cómo lo va a tener si no sabe casi nada, salvo intrigar para avanzar en la jerarquía? La carrera del político es aprender a navegar por los corredores del poder, a caer bien a los de arriba para obtener prebendas. Prebendas que otros consiguen gracias al estudio, al trabajo, el nuevo (viejo) sacerdote las busca por concesión graciable del jefe. Un político no puede, evidentemente, diseñar un plan de reducción de emisiones de CO₂. Con seguridad no sabe lo que es eso. Como mucho, acepta rezar o interceder ante la instancia superior para comunicar que hay alguien preocupado por el asunto. A cambio de esa intercesión, espera un muy buen sueldo y si caen algunos regalos, mejor que mejor.

El concepto de que un político debe hacer algo es ajeno a SU concepto de que debe recibir dinero por su don de gentes y su simpatía. Unos trabajan, otros reciben.

¿Es posible cambiar los conceptos?